HOTEL CARTILA

Un relato de terror por:

LUCHO RODRÍGUEZ

de:

WWW.PLANETLUCKO.COM

En una noche de inverno, la mujer alta y robusta de gruesas pantorrillas descendía por la escalera del hotel. Sus pies descalzos al igual que su corazón, no conocían el calor, por ello no podían extrañarlo. Descendía. Escalón por escalón. Una muchacha que se alojaba en la habitación de abajo la escuchó gimiendo y entre esos inquietantes gemidos distinguió alguna que otra palabra. La observaba bajar los escalones, con sus pies velludos y descalzos, y un camisón antiguo. Incluso para alguien de este pueblo, pensó.

Desde el marco de su puerta, ya no se sentía tan segura, porque la mujer alta estaba cada vez mas cerca. Hasta que pudo verle el rostro, a la luz de las velas que alumbraban con esmero las escaleras y el pasillo a lo largo de 4 pisos. Mientras se acercaba, le iba diciendo algo, se podía distinguir en la penumbra dos labios escupiendo palabras que en realidad no eran palabras, entre burbujas de saliva.

Quizás necesite ayuda. Pero en verdad está asustándome, pensó ella. Parada en el marco de la puerta de su cuarto, formuló una pregunta, esperando lo mejor.

-¿Se siente bien, señora? ¿No necesita un vaso de agua?-

Y dicho esto, la mujer se frenó a poco más de un metro, con una mirada ausente que helaba la sangre. Se podía ver en su rostro que no le importaba afeitarse. Su cabello estaba pegado a las mejillas, no era demasiado largo. Ya vista de tan cerca, el ancho de sus hombros le parecía algo exagerado, al igual que su estatura.

Aún no había respondido, y no lo haría jamás. En su lugar, se abalanzó sobre la muchacha, indefensa y mucho más pequeña. Entonces se escuchó un grito ahogado, que se congeló para luego derretirse, sin ser oído por nadie que pudiera ayudarla…

Una semana más tarde, Daniel Martinez de 24 años viajaba al pueblo de Cartila. Pues la ciudad había despertado con una fina capa de nieve. Si en la ciudad nevaba, en Cartila, según recordaba, era siempre el triple. Casi parece una escena de una película navideña.

En la ciudad de Dani el frío suele hacerse extrañar, a pesar de ser invierno ¡Y ni hablar de la nieve! Esta era entonces, una oportunidad excelente para visitar el pueblo y sacar un par de fotos, como quien dice.
Dani era aficionado a la fotografía, y adoraba la nieve. Entre sus frases favoritas, o en las que aún conservaba en el baúl de su cabeza, siempre destacaba: "La nieve es como la bondad, embellece todo lo que cubre", de Khalil Gibrán.

Sin pensárselo dos veces, salió aquella mañana de fines de Julio con su mochila y sus botas, bien abrigadito. Caminó hasta el centro de la ciudad y tomó el colectivo de media distancia, con rumbo a Cartila.
Ya en el colectivo, miraba por la ventanilla lamentando haber olvidado el termo con agua caliente para el café después del almuerzo. ¡Uh! Y el té de las 5.
Y todo por salir a las apuradas, como siempre. En realidad, no era tan de mañana, puesto que pasaban de las 11. Además, el colectivo se tardaba unos 40 minutos desde la ciudad.

Siguió mascullando entre dientes por un rato más. De un momento a otro, el paisaje cambió por completo, el colectivo iba lleno. A través de la ventanilla se veían muñecos de nieve bastante feos. Y a los chicos que los habían armado, reírse de sus propias creaciones, mientras proseguían a organizar los equipos para la guerra de bolas de nieve.
Por detrás y varios kilómetros a la redonda, todo era arboles altos y cubiertos de nieve.

-Bueno, la gente aquí rara vez experimenta una nevada. Estos chicos seguro lo están haciendo por primera vez, ¿cómo se va a pretender que sepan armar un muñeco de esos?- Se dijo para sí mismo.

Después se puso a recordar cuando visitó Cartila de chico, junto con una gran porción de su familia. También le vino a la mente su primer muñeco de nieve,

y lo flaco y desproporcionado que había quedado. Rió con ganas.

Así, entre recuerdos, Dani llegó por fin al cruce de caminos, ese que estaba luego de la gran curva que bordeaba un cementerio. La calle se dividía en tres, y sobre una pequeña rotonda un cartel señalaba: “Cartila 5km” con una flecha a la izquierda.

El colectivo frenó para levantar algunos pasajeros en la parada. Luego torció a la izquierda, para seguir derecho camino adentro.

Ya en la última parada, el chofer frenó y apagó el motor, esperando a que todos bajaran. Dani en medio del escaso grupo de pasajeros, miraba maravillado el pequeño pueblito, con sus casitas de techos cuadrados. Todo cubierto de nieve. Las casas estaban bastante separadas unas de otras y los árboles eran imponentes.

-¡Vamos, hijo, movete! No tenemos todo el día, ¿si?- lo apuró un hombre que venía detrás suyo. Dani apresuró el paso por el colectivo y saltó escalones abajo.

Sus botas pisaron firmes sobre la nieve. Sus pantalones náuticos le permitían moverse con facilidad, aunque hacían ruido al mover las piernas. En cuanto a su espalda, Dani estaba bien protegido con una campera de corderoy. Su cabello era oscuro, haciendo que los pequeños copitos de nieve que aun caían, resaltaran sobre su cabeza.

Los pasajeros se dispersaron, cada uno a lo suyo. La gran mayoría era gente del lugar. El chofer bajó, una vez el cole estuvo vacío y se metió en una cabaña que había en la entrada.
Pasando esa cabaña había un puente de no más de 60 metros que se extendía sobre un arroyo. Del otro lado estaba el humilde pueblo de Cartila.

Dani cruzo el puente y vió que el camino se dividía en dos. Un sendero seguía más allá, y se perdía entre la niebla. Tal vez más tarde echaría un ojo por ahí. Mientras tanto, decidió ir a buscar donde almorzar, y fotografiar un par de casitas y gente del lugar.
Luego de comer un buen plato de lentejas en uno de los restaurantes, se

listo para pasear por las calles. Bajar la comida mientras buscaba qué y quién fotografiar. Su cámara colgaba elegante de su pecho. Se sentía como un Deer Hunter en las colinas, con su rifle listo para disparar.

Una ardillita por aquí y algún que otro quirquincho por allá. Nada demasiado interesante en un día común y corriente. Pero la nieve le daba a las fotografías un toque mágico, se verían espectaculares una vez impresas.

La tarde avanzaba con rapidez, y un hombre que pasaba por la calle notó que Dani comenzaba a aburrirse. Se le acercó diciendo:

-Es usted fotógrafo, ¡Qué lindo, joven! Si se aburre de nuestro pueblito, le recomiendo ir a ver la laguna ¡Ah! Pero se pondrá mejor mañana. Dicen que esta noche va a haber una nevada increíble, y esperan que la laguna amanezca congelada ¡Se imagina! La laguna de Cartila congelada.

-¿De verdad? ¿para tanto? Supongo que elegí mal el día. Pero podría quedarme hasta mañana ¿Hay alguna hostería que sea estee… barata por aquí?- le preguntó Dani, sin mostrarse demasiado entusiasmado, puesto que no creía que la laguna llegara a congelarse. Sin embargo, cabía la posibilidad.

- Todos los hoteles son baratos por aquí. Allá tiene uno y por allá hay otro- dijo el hombre señalando a un lado y por sobre sus hombros con el dedo índice. Reciben tarjetas y hasta tienen wi-fi, que es lo que más les interesa a los chicos ¿no? Buenas tardes, joven. En una de esas nos vemos mañana- dijo, y se alejó a paso lento.

Dani siguió vagabundeando por ahí y sacando fotos a las distintas obras de arte que dejaban los chicos, a las casitas y a la gente en general. Claro que no muchos se prestaban a posar para la cámara.
La tarde avanzaba rápido. En una o dos horas como mucho todo quedaría oscuro. Entonces, resolvió dar un último paseo antes de que cayera la noche. Tenía que echar una mirada a ese otro camino que había visto al cruzar el puente. Podrían haber algunas casas en ruina o algo por el estilo. Si se apuraba tendría tiempo de sobra para regresar y decidir en que hotel quedarse.

.
Pasó junto al puente y tomó el camino que se perdía entre la niebla y los montes. La nieve que caía era un poco más espesa conforme avanzaban la tarde. El sendero era estrecho, pero al terminar de bordear los montes se encontró con una calle algo más ancha y un par de cabañas. Parecían abandonadas ¿Sería una buena idea meterse a explorar? Por lo que sabía, allí bien podría estar viviendo algún pobre indigente. Nada peligroso, pero tampoco quería ser una molestia.
Siguió caminando por la calle desierta hasta que detrás de unos árboles se topó con un hotel. Escondido entre la niebla, no lo había podido ver antes. Pero ahora sí que lo notaba, era antiguo, con las paredes pintadas de amarillo. Su pintura se caía en pedazos y si esto funcionaba aún como hotel deberían ser ellos quienes le pagaran a uno para quedarse aquí, pensó.

El edificio tenía cuatro pisos, a su lado un pequeño parque para estacionar, por el que se accedía a través de una entrada en arco. Dani tomó una foto de la entrada, desde donde estaba parado, para luego adentrarse al "H*tel *ar*ila" como anunciaba el cartel cubierto de nieve, sobre la entrada.
Avanzó por un pasillo, cruzando el arco, a ambos lados tenía paredes amarillas y húmedas, con la pintura descascarándose. La pared de la derecha terminaba un poco más al fondo y luego se abría el parque de estacionamiento. La de la izquierda era algo más corta. Antes de llegar a su final, vió una pequeña ventanilla. Cuando la pared llego a su fin, Dani torció a la izquierda dándose con una puerta semi-abierta. Esta era de madera y pintada de verde oscuro, aunque no en mejores condiciones que las paredes.

De repente, una mano huesuda abrió la puerta un poco más, y un tipo delgado de mediana estatura se asomó.

-¡Epa! ¡Visitas! ¿Estás perdido, amigo? ¿Busca hospedaje? Pase, pase, no se quede a la intemperie con este frío.- dijo.
Dani se lo pensó un momento, pero adentro se veía una luz tenue y el reflejo de un calentador.

-¡Se me enfría la pieza, amigo! ¡pase!- Insistió el hombre.

Dani, guiado por su ingenuidad y la confianza en la buena gente del pequeño

pueblo de Cartila, no se lo pensó más y se metió adentro.

-Gracias, ¡disculpe! ¿Es esto en verdad un…? Digo, ¿tienen habitaciones funcionando aquí, señor? Estaba buscando algo interesante que fotografiar y además me contaron que va a nevar un montón esta noche, a lo mejor la laguna se congela. Necesito un lugar donde dormir- dijo el muchacho.

El interior de la habitación lucía muy descuidado. Habían gruesas capas de polvo sobre las sillas y muebles. Sobre la mesa había un mate y un termo. La habitación era muy pequeñita. El hombre tenía barba y el cabello castaño, recortado desprolijamente. Iba vestido con un jumper, pantalón deportivo y alpargatas, como quien no tiene intenciones de salir en todo el día.

-¡Claro! Hay un par de personas, pero tenemos habitaciones disponibles en todos los pisos, amigo. Le recomiendo el 2do. Es donde están las demás personas, aunque es gente callada. Y es el más limpio, ahora mismo- largó una risita nerviosa luego de decir esto, pues no es algo de lo que se deba estar orgulloso- ¡La nevada que se viene esta noche! ¿Le digo la verdad? ¡Es seguro, segurísimo que se congela! Mejor hospedarse ahora que todavía no se corre la voz. Mañana van a estar todos los hoteles llenos y seguro les subo el precio ¡Les arranco el ojo! Usted sabe, no mucha gente viene por aquí en días de semana. La laguna apenas atrae turistas en Domingo.

-Bueno, me está convenciendo, pero voy a meditarlo un poco más al aire libre. Además tengo que contar mis monedas ¿Recibe tarjetas aquí?

-Mmmh, no. No recibimos ¡Pero no es drama! Quédese por un par de horas nada más, mire si no tiene mucha plata le dejo una habitación simple a cincuenta pesos. Sólo hasta las siete u ocho de la mañana. ¡Ah! Es usted fotógrafo…- Continuó persuadiéndolo. Era obvio que nadie iba nunca a ese hotel y el hombre estaba desesperado por recibir un poco de dinero. Tal vez esto suscitó algo de pena en Dani, y logró convencerlo. O tal vez fue cuando añadió: - Yo solía ser fotógrafo hasta hace no muchos años. Si se queda le puedo mostrar mi colección de fotos. Tengo un poco de todo; Uelsman, Philipe Halsman, Moholy Nagy ¡Diane Arbus! Oh, que mujer, si entiende usted algo de fotografía.

-¡Pero, claro! ¡Diane Arbus! Bien, bien, déjeme buscar en mi mochila ese billete. Aquí tiene. Dígame, ¿podría ver esas fotos ahora mismo? Tengo una bolsa con bizcochos y palmeritas- Dijo Dani, señalando el termo de mates.

El hombre sonrió como un niño al que le prometen un camión cargado de caramelos. Se lo veía feliz de verdad, tal vez haya estado pasando hambre todo este tiempo. Tal vez no sepa hacer otra cosa que llevar un hotel. Aunque lo mantenga sucio, tiene el espíritu de un vendedor, pensó Dani. Y gusta del trabajo de mis fotógrafos favoritos…

-"¿Qué hacemos con los fenómenos, los marginados? ¿Los recluimos? ¿O los asimilamos? Si es eso acaso posible luego de ver una fotografía de Diane Arbus, la princesa rota."- Leía el hombre en voz alta un fragmento de sus recortes de revistas. Dani escuchaba atento, dando mordiscos a sus palmeritas y sorbiendo de la bombilla del mate cebado.

-Me ha gustado mucho su álbum. Qué suerte conseguir esos recortes, ¿no? Yo nunca me interesé por leer revistas, además hoy en día están bastante caras.- Dijo Dani.- No hay duda de que es usted más que un aficionado a la fotografía. Pero, ¿no tiene fotos que haya tomado usted?

- ¡Ah! He estado tanto tiempo enamorado de Diane y de su obra. Si, claro, tengo algún que otro álbum con mis trabajos, y en el sótano guardo un par de ampliaciones las cuales enmarqué hace mucho tiempo. Podría ir a buscarlas si me da un momento, no tardo nada, ¿eh?

-No, ¿sabe qué don…? ¿cuál es su nombre? Oh, Mauricio, yo me llamo Daniel Martinez. Ya lo molesté mucho para una noche. Prefiero irme a descansar. Mañana tendré que dejar la cama bastante temprano. A mi no me gusta madrugar, ¿sabe?- Se excusaba Dani.

-No es molestia, además, lo de dejar a las 8 era un decir nada más. Le aumentaré una o dos horas si me acompaña a tomar otro termito de mate ¡Vamos!, que se está muy solo por aquí. Mire esta foto que se pasó por alto. ¿Lo reconoce? No, no pretendo ofenderlo. Algunos jóvenes jamás vieron una fotografía de Borges. Esta en particular fue tomada por Diane en el Central

Park.

-¡Eh! ¿De verdad? La vi en tantos lugares a esta fotito. Creo que puedo acompañarlo con medio termo de mate. Pero antes necesito ir a orinar, y acomodar mi mochila en la habitación ¿Me muestra el camino?

-Claro, lo acompaño hasta allá.

Mauricio no era un hombre viejo, pero se movía con desgano. Cómo quien ha llevado una vida monótona. Algo le habría impedido dedicarse a la fotografía.
Habían estado mirando el álbum por casi una hora y cuando salieron ya estaba oscureciendo. El aire pegaba duro, por lo que apuraron el paso hacia la izquierda, después de pasar la casita de don Mauricio, el camino era más oscuro, no había más que un par de faroles eléctricos. No era un camino largo. Al final, una puerta doble de hierro indicaba la entrada al edificio. Mauricio abrió la puerta y estuvo a punto de acompañar a Dani escaleras arriba cuando se excusó de repente diciendo:

-¡Mierda!, vaya usted Daniel. Me acabo de acordar que tengo que ir por leña para la chimenea. No me gusta tener la estufa prendida toda la noche, no puedo darme el lujo.

-¡Ah! Eso suena mejor. Bueno, páseme la llave, que yo subo solo. No se haga problema.

Mauricio le paso la llave de su habitación, tenía un llavero redondo con un número que Dani tuvo que alumbrar con su celular para poder leer: “6”. Después de que él entrara, el hombre cerró la puerta a sus espaldas y se le hoyó decir desde afuera: -No se asuste amigo, Dani. Es para que no entre el frío. Está calentito ahí adentro, ¡ahora vuelvo!

Daniel continuó escaleras arriba, después de caminar a oscuras por el pequeño hall de la entrada. Era un poco estremecedor subir sólo, pero de acuerdo con el hombre, habían otras personas en el edificio. Más arriba, desde el primer descansillo llegaba la débil luz de una vela. Al parecer, Mauricio es bastante más tacaño que yo, se dijo Dani.

Intentó pensar en otra cosa, para olvidar lo tenebroso que se veía el edificio por dentro. Sin dudas mucho peor que desde afuera. Las paredes estaban agujereadas y con trozos de escombros en el suelo. También había cucarachas, que lo acompañaban en el ascenso a su habitación. Algunas estaban en el suelo, patas para arriba. Donde quiera que iluminase con su celular encontraba una razón para no hospedarse en el hotel. Pero todavía no la razón principal…

Al llegar a su habitación, Dani se encontró con un cuarto bastante desordenado. Algunos insectos corrieron a esconderse luego de que prendiera la luz. La cama tenía un colchón de una plaza, muy delgado, su armazón era de hierro. Por otro lado, la mesita de luz no estaba tan mal, era de madera y la lámpara que llevaba encima era de esas que aumentan su iluminación al tocarlas con el dedo.

No había mucho más que ver en el cuarto. Era sólo una habitación de 3x3 olvidada por su administrador. Pero algo se asomaba por detrás de la cama, Dani se acercó. Era un objeto oscuro y cuadrado. El chico dejó su mochila en el suelo, luego de cerrar la puerta. Después, bordeó la cama para llegar del otro lado y comprobar: ¡un televisor! ¿Servirá acaso?, pensó Dani. "¡Vamos a probarlo antes de bajar!"

Mientras buscaba donde conectar el tele, hablaba consigo mismo: -"Ha de ser muy duro pasar el invierno aquí sin la compañía de una mujer, ni siquiera un amigo". No le extrañaban los incontables esfuerzos que había hecho Mauricio para lograr que se quedara a pasar la noche y le hiciera compañía "¿No será puto el viejo? Ahora que no lo tengo encima debería guardarme la navaja en el bolsillo, por si acaso", reflexionó.
Encontró un enchufe a un costado de la cama. Conectó el televisor y apretó el botón de encendido, era uno de esos grandes y profundos botones con una hendidura redonda en el medio. Para su sorpresa el televisor encendió de inmediato, con un poco de estática. Le dió un par de ajustes a la antena y logró sintonizar el canal de aire.

A esa hora de la noche, cerca de las 7pm terminaban todas las películas abriendo paso a los dibujitos animados de la vieja escuela. De hecho, al tiempo que Dani se acomodaba en la cama observaba a woody woodpecker

combatir los efectos de una larga “starvation”. Se trataba del pájaro carpintero, el primero de todos, ese al que dibujaron con los pies gordos. El capítulo en cuestión era uno en el que woody luego de que un mini tornado le arrebatara todos sus alimentos, se pasaba dos semanas sin comida.

La muerte estaba sentada a su mesa, mirándolo fijamente y aguardando a que woody se quedara sin fuerzas. Entonces, le largaba una risa burlona que haría estremecer a cualquiera, a lo que woody respondía con una igual de espeluznante. Al fin y al cabo, era el pájaro loco. No hay manera de asustarlo.

-Desearía estar tan chapita como él esta noche- suspiró Dani- al menos no estaría tan asustado de quedarme aquí. Mejor bajo antes de que Mauricio suba a buscarme.

El muchacho apagó el televisor y salió de nuevo al pasillo, extrañado de no encontrar un baño en la habitación. Pero no sin antes cargar su siempre presente cámara al cuello. Sin olvidarse de meter la navaja en el bolsillo derecho, el izquierdo era para su celular.

Pero antes de bajar las escaleras escuchó un gemido romper el silencio. Era un ruido húmedo, casi un gorgoteo. Dani sintió un escalofrío y con mucho esfuerzo logró descifrar de donde provenía el gemido ¡Arriba! ¡En el piso 3! Se escuchaban unos pasos golpear los escalones como zapateando. Daniel no pudo evitar pensar que se trataba de una broma. Una cruel jugarreta por parte de uno de sus vecinos. Pero no. Se escuchaban unos pasos descender la escalera con vacilación. Alguien venía, si. Alguien estaba bajando por la escalera.

-¿Hola? Acabo de hospedarme aquí, ¿quién está allá arriba?- pregunta. En respuesta lo único que obtuvo fueron gemidos y palabras mal articuladas.

Él no quería quedar como un mariquita de modo que decide esperar a que el bromista dé la cara. Permaneció agarrado de la baranda, a la luz de las velas. Entonces levantó la mirada y vió unos pies descalzos asomarse. Un camisón blanco apenas le pasaba las rodillas. Sus pies eran grandes y las pantorrillas muy gordas. Continuaba bajando. Lento y a paso firme ¡Era una

mujer! Tenía el cabello largo, aunque nada de busto. Sus hombros eran anchos, y estaba cada vez más cerca. “¡Esta no es una broma!”.

Dani se dió cuenta que podía estar en peligro, ya no le importaba quedar como un cobarde. Ya había tenido suficiente para una noche y entró a correr escaleras abajo, presa del pánico. En pocos segundos llegó a la puerta. ¡Cerrada! ¿Dónde estaba Mauricio?
El chico comenzó a golpear la puerta desesperado llamando al hombre. A su espalda y escaleras arriba escuchó a la mujer golpear los talones contra el suelo ¿Acaso no tenía los pies descalzos?, se preguntó Dani, desesperado por no poder salir. A los pocos segundos decidió calmarse y empezar a pensar en frío. Estaba oscuro allí en la planta baja, debía esconderse rápido y esperar que no lo vieran ¡Rápido! ¡Contra el rincón, al lado de las escaleras!

La mujer alta terminó de descender, lanzaba de vez en cuando alguna que otra risita ahogada entre burbujas de saliva, al tiempo que se dirigía hacia la puerta de entrada. Dani estaba acurrucado detrás de las escaleras, en un pasillo que parecía terminar en una puerta. De seguro llevaba al depósito. El muchacho aguardó allí en silencio, observando a la mujer caminar en la oscuridad. Parecía confundida, su paso no era tan seguro ahora. Se detuvo unos segundos a metros de las escaleras, luego continuó hacia la entrada. Giró su cabeza de lado a lado buscando a Dani, pero al no encontrar nada comenzó a zapatear como en un ataque de histeria. No parecía estar consciente de lo frío que estaba el suelo.

Siguió caminando hacia la entrada, con las manos extendidas a los lados, a ver si pillaba al intruso. Cuando Dani decidió que estaba lo suficientemente lejos salió de su escondite y corrió, esta vez escaleras arriba. Sus pies se movieron a una gran velocidad, al tiempo que sostenía su cámara con una mano y buscaba las barandas con la otra.
Entre tropezones Dani llegó al primer descansillo, pero no se detuvo, la mujer no estaba sorda y advirtió su presencia en seguida. Entonces, echó a correr persiguiéndolo. Dani siguió subiendo a toda velocidad y entre jadeos le gritó suplicante:

-¡Mauricio me dejó entrar! ¡No estaba haciendo nada malo!- pero ella no le

hizo caso y como un niño desesperado volvió a gritarle- ¡Dejame en paz, loca de mierda!

Ella no se detendría ni aunque de un verdadero niño se tratara. La persecución continuó hasta el último piso. La primera habitación tenía la puerta abierta. Dani se lanzó adentro sin pensarlo y trabó la puerta con el pasador.

La habitación tenía un grabador destrozado en el piso, y la luz de la lámpara encendida. Sobre la cama, se encontró con una escena que le revolvió el estómago: el cuerpo de una mujer desmembrado que conservaba una expresión de horror en el rostro. Su cabello, sin embargo, había sido cortado con cuero cabelludo y todo. Dani sintió arcadas, el olor a descomposición era insoportable.

Segundos después escuchó a la mujer golpear la puerta furiosa. Las embestidas eran cada vez más fuertes y el pasador no prometía nada. Dani gritó e insultó a la mujer histérico. Luego calló y recordó que llevaba su navaja en el bolsillo. Siempre hay una oportunidad, amigo.
El pasador cedió por fin a la terrible fuerza de la mujer alta, que se introdujo en la habitación de golpe.

Esta estaba vacía, sobre la cama no había nadie, sólo el cadáver que le había servido de entretenimiento los últimos días y debajo, el plato con los cubiertos sucios; vacío. Necesitaba un bocadillo. Se acercó un poco más para ver mejor y de repente sintió un pinchazo en la espalda. Era Dani enterrando con fuerza su navaja y esperando perforarle un pulmón. Pero la mujer se sacudió con frenesí y logró sacárselo de encima. Dani cayó de espaldas al suelo mientras ella gemía y gritaba con fuerza. Ahora de más cerca, su contextura no se parecía en nada a la de una mujer. Su espalda era ancha y su voz gruesa. Su larga cabellera estaba en el suelo, no era más que una peluca. El cabello de aquel cuerpo desmembrado.

Dani comenzó a arrastrarse hacia afuera, mientras él continuaba quejándose y golpeando el suelo con sus talones. Luego se detuvo y se arrodilló jadeante. Comenzó a golpear su cabeza contra la cama. Dani aprovechó para salir corriendo, había perdido su navaja pero no su cámara.

Al final del pasillo de aquel último piso se veía una puerta. El joven corrió hacía allí esperando encontrarla abierta, y mientras lo hacía, volteaba las velas a los costados de las paredes, que caían al suelo y se apagaban. “Al menos así no podrá verme”, pensó.

Ya en la puerta, tragó saliva y bajó el picaporte. La puerta estaba cerrada. “¡La puta que lo parió!”- exclamó, Dani entre sollozos ¡No te rindas, busca un poco más! El joven comenzó a manotear el marco de la puerta hasta que logró dar con un pasador, tanteó en la oscuridad hasta que pudo correrlo y destrabar la puerta. No podría cerrarla desde afuera, pero tal vez encontraría unas escaleras de mano para bajar.

Abrió la puerta y se encontró con una escalera que llevaba a la terraza. Después, la cerró y sintiendo el aire helado sobre su rostro subió por las escaleras. La terraza estaba oscura, pues la luna estaba cubierta por las nubes. Se acercó a las barandillas de los extremos buscando un lugar por donde bajar, pero grande fue su desilusión al no encontrar escalera alguna. También, notó que sus pantalones se sentían calientes, cayó en la cuenta de que estaban húmedos.

-¡Dios! ¿Y ahora que hago?- se preguntó.
Entonces escuchó que alguien abría la puerta para subir. Era él, con su viejo camisón, la peluca de nuevo en su lugar y los pies descalzos sobre la nieve de la terraza. Se lo veía más débil que antes, pero era un tipo enorme y Dani no creía tener oportunidad en un combate cuerpo a cuerpo, menos sin su navaja.

Él hombre alto comenzó a acercársele. De a poco fué acelerando el paso. Dani lo esperaba del otro extremo, pegado a la barandilla. Él continuó acercándose, cada vez más de prisa hasta que por fin echó a correr con lo que le quedaba de fuerza, que no era poca.
Se hoyó la voz de Mauricio por detrás, gritándole al tipo que se detuviera, por favor. Pero este hizo caso omiso y continuó corriendo. Cuando estuvo a menos de 15 metros de Dani, el muchacho entrecerró los ojos con angustia y agachó la mirada. Al ver su cámara sobre su pecho, pensó que nunca podría revelar las fotografías que había tomado por la tarde. Pero entonces se le ocurrió una idea.

El muchacho enciendió su cámara, a toda velocidad, como ya está acostumbrado cualquier fotógrafo con un mínimo de experiencia. Nunca dejes pasar una buena foto, si tienes tu cámara a mano.
Dani levantó la cámara para apuntar al hombre que venía a embestirlo. Un rápido disparo. El flash iluminó la terraza, consiguiendo segar al agresor, y a Mauricio que miraba desde atrás. Enseguida, Dani se agachó y se arrojó al suelo. Para el tipo ya era demasiado tarde para frenar y chocó contra las barandas con tal fuerza que pasó del otro lado y cayó lanzando un último grito histérico antes de colisionar en el frío suelo del estacionamiento.

-¡Guillermo!- gritó Mauricio, mientras corría escaleras abajo.

Minutos más tarde, Mauricio y Dani estaban junto al cadáver del tipo. Nuestro joven protagonista había logrado calmar un poco sus nervios, sustituyéndolos ahora por enojo.

-¿Quién carajos es este loco? ¿Me querés explicar? ¿Y que mierda hace allá arriba el cuerpo de una mujer?-

- Guillermo. Era mi hermano menor.- Comenzó Mauricio.- Cuando yo era chico lo dejaron en una canasta en la entrada del hotel, nunca hubo mucha gente por aquí. Mis padres se lo quedaron. Aunque al principio mi papá se opuso. Él era bueno conmigo pero con Guille nunca se mostro fraternal. Mamá lo quería mucho, pero no más que a mí y a mi padre. Ella salía a trabajar por las mañanas, iba a limpiar casas en la ciudad. Mi padre era terco y jamás entendió que el hotel nunca atraería clientela, de modo que se negaba a trabajar de algo más. El siempre ponía la excusa de que era el legado de su abuelo para su padre, y si lo abandonaba sería una deshonra para la familia.

-Estás muy mal de la cabeza para ocultar un asesinato, no me importa que haya sido tu hermano. ¿Nunca se te ocurrió dejar este lugar? ¿¡Y a este loco!?

-No podía dejarlo. Desde que era niño, siempre me sentí solo en este

pueblo tan desierto. Cuando él llegó yo me puse muy contento. Pero mi padre jamás lo aceptó. Y guille crecía muy rápido, mira lo grandote que llegó a ser. Cuando era un pre adolescente mi padre comenzó a abusar de él. Atravesaba una crisis, supongo que estaba deprimido porque en el pueblo se decía que mi mamá no solo limpiaba las casas de los tipos con plata allá en la ciudad. Sino que también los complacía de distintas maneras. Sea verdad o no, nunca quise saberlo, la gente habla muchas cosas por aquí. Mi papá nunca tocaba el tema, pero en el pueblo todos hablaban.

“Por esos años bebía mucho y su odio crecía y crecía con cada invierno que pasaba. Nunca llegaban turistas a hospedarse por aquí. Los dueños de los otros hoteles no hacían más que hablar mal de nuestra familia para que nadie quisiera venir a hospedarse. Pero nuestro hotel fue el primero del pueblo. Habían elegido este lugar por su fácil acceso a la laguna, pero los derrumbes llevaron a la gente a alejarse de los montes.”

“Una mañana yo entraba a mi casa, volvía de hacer unas compras en la ciudad y me encontré a Guille en cuclillas frente a la chimenea. Estaba llorando y me lo contó todo. Por supuesto, yo adoraba a mi padre pero no dude de lo que mi hermano me decía. Durante toda la tarde no pudo sentarse, y lo escuché lloriquear por la noche luego de ir al baño a mover los intestinos.”

"Desde ese día jamás vi a mi padre con buenos ojos, pero no había mucho que yo pudiera hacer. De modo que esto continuó así un par de veces más. Hasta que al cabo de unos meses Guille tuvo suficiente y asesinó a mi padre enterrándole el arpón de la chimenea. Lo tomó por sorpresa, Guille siempre fue un poco amanerado pero su cuerpo crecía con cada amanecer. Adquirió mucha fuerza. En fin, ocultamos el cadáver en los montes con la ayuda de nuestra mamá. Que me reprochó durante años no haberle contado antes."

"Yo acostumbraba a llevar a Guille arriba y ponerle ese viejo casette de The Sonics en el grabador a pilas. Le saqué el cable por motivos de seguridad. Una y otra vez, la buena música lo consolaba, sólo tenía que ser movidita, bien cruda. Pero su mente se fue corrompiendo y el cargo de conciencia iba

a terminar destrozándolo tarde o temprano. A los pocos años, nuestra madre falleció y…-"

-Por eso traías ese paquete de pilas en las manos… Olvidaste comprarle nuevas baterías por quedarte charlando conmigo- lo interrumpió Dani, que empezaba a calmarse.

-Igual que lo olvidé la semana pasada, cuando vino esta muchacha extranjera. Era muy linda y yo no tuve nunca una novia. Le dije de todo para que se quedara a pasar la noche.

-¡Me encerraste a mí ahí arriba, hijo de puta!

-No podía decirte sobre mi hermano, y además no creí que las baterías fueran a agotarse tan pronto. Pero a veces el grabador dejaba de funcionar, ya tiene sus años. Eso era totalmente impredecible, Dani. Yo te iba a pedir que durmieras en mi casa cuando bajaras… ¿Qué voy a hacer con este cuerpo ahora?- dijo, mientras comenzaba a llorar.

Dani era ingenuo y olvidaba rápido los errores de la gente para con su persona. Aunque se tratara, en está ocasión, de haber puesto en jaque su vida.

-La laguna va a estar congelada mañana, mirá como empezó a nevar- le dijo Dani, señalándole el cielo.- Metamos su cuerpo en una bolsa, con los restos de la chica y arrojémoslo a la laguna.

Y así lo hicieron, luego de cortar el cadáver por las extremidades y meterlo junto con el de la muchacha en un saco. Mauricio hizo la mayor parte del trabajo, pues tantos años de aislamiento lo habían insensibilizado. También, arrojaron un par de trozos de plomo dentro, restos de cañerías. Esperaban que tocara fondo y las arenas movedizas lo tragaran para siempre. Luego, Buscaron el bote que según Mauricio había estado en la orilla durante décadas. Los chicos ya no se interesaban por esas cosas desde que habían llegado los cyber cafés. Los ancianos estaban muy débiles para remar. Y los adultos tenían mejores cosas que hacer.

Al llegar al centro de la gran laguna arrojaron el saco, y regresaron de inmediato. Era casi medianoche y nevaba como nunca lo había hecho en toda la provincia. Cuando bajaron del bote Mauricio aventuró:

-Gracias, Dani, amigo. No se preocupe que todos están en casa con esta nevada infernal. Nadie nos vió ¡Seguro que no! Vamos a tomarnos un cafecito.

-Perdón, Señor. Pero después de todo esto no me quedan ganas de quedarme a ver la laguna congelada. Me voy en el último cole.

Mauricio, por vez primera, no puso objeción alguna y regresaron al hotel en silencio. La laguna estaba a poco más de medio kilómetro. Al entrar a la casita, Dani recogió su mochila, que había sacado de la habitación antes de bajar del edificio. No soportaba la idea de volver a entrar allí. Por eso la había dejado en una de las sillas junto a la mesa donde tenían el mate.
Mauricio pareció recordar algo antes de que Dani dijera adiós.

-Esperame un segundo, voy por el álbum que te iba a mostrar, así tenés algo para entretenerte de regreso a la ciudad.- Dijo, al tiempo que salía por la puerta, dirigiéndose hacia el edificio.

Cuando regresó a los 5 minutos, Daniel ya se había marchado, sin molestarse en decir “Adiós”. No podía culparlo, claro que no.

FIN.